

2019

La creación de la Facultad de Pastoral Catequética. Testimonio

Javier Polanía González

Universidad de La Salle, Bogotá, jpolania@unisalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Polanía González, J. (2019). La creación de la Facultad de Pastoral Catequética. Testimonio. Revista de la Universidad de La Salle, (80), 139-149.

This Artículo is brought to you for free and open access by the Revistas Unisalle at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

La creación de la Facultad de Pastoral Catequética.

Testimonio



Javier Polanía González*

■ Resumen

Se presenta una descripción de la década de los sesenta y un relato del nacimiento de la Facultad de Pastoral Catequética de la Universidad de La Salle de Bogotá, D. C., en los años 1968 y 1969, por parte del Hermano Hernando Giraldo Botero, FSC. Él relata su trayectoria en la Congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y da detalles del contexto en que nació la Facultad hace cincuenta años, cuando, en un país que se asomaba a la modernidad, y en consonancia con los lineamientos del Concilio Vaticano II, la Asamblea de Superiores Mayores de Comunidades Religiosas de Colombia decidió crear un centro de estudios en pastoral y catequesis para religiosos laicos, diferente a las instituciones de formación teológica para sacerdotes que se desempeñaban en estos ámbitos.

Palabras clave: pastoral catequética, Universidad de La Salle, Concilio Vaticano II, laicos.

* Licenciado en Ciencias de la Educación, con especialidad en Estudios Religiosos, diplomado en Gestión Curricular y magíster en Estudios Políticos. Profesor del Departamento de Formación Lasallista y director de la Licenciatura en Educación Religiosa de la Universidad de La Salle de Bogotá, D. C. Correo electrónico: jpolania@unisalle.edu.co

Contexto

En la Colombia del siglo XX, las décadas de los cincuenta y sesenta representaron el inicio de un clima de violencia abrumador, desencadenado por el asesinato del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán en 1948. Para Arias (2011), la crisis fue general y profunda: el Estado de derecho sufrió innumerables ataques y recortes, las instituciones se politizaron por completo, se interrumpieron los esfuerzos por modernizar la cultura y el número de homicidios alcanzó niveles escalofriantes. Las élites liberales y conservadoras, que habían contribuido con eficacia a incendiar el país, se encargaron de solucionar los enfrentamientos bipartidistas mediante el pacto del Frente Nacional, que entró en vigor en 1958.

Si bien la historia tradicional nos recuerda que se vivió la época de La Violencia, en 1962 se publicó el primer gran estudio de corte académico sobre lo sucedido durante ese periodo: *La Violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*, escrito por monseñor Germán Guzmán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña. Este trabajo, en palabras de Valencia (2012), contribuyó a hacer inteligible la época que se debía olvidar, puso a hablar a la barbarie, se preocupó por recuperar su sentido y, de esta manera, inscribió el fenómeno social violento de los años cincuenta en una trama histórica en la que había actores e intereses en juego delimitados, los cuales respondían a una temporalidad y geografía concretas.

En los años sesenta ocurrieron cambios rápidos y profundos en la sociedad colombiana y en otras regiones del mundo. El triunfo de la Revolución cubana en 1959 inspiró a jóvenes y estudiantes a transformar la realidad. En muchas ocasiones, el arte, las ciencias sociales y la literatura, profundamente politizados, se pusieron al servicio de la “causa revolucionaria” o, al menos, adoptaron un discurso más comprometido y militante (Arias, 2011).

Respecto a las relaciones Iglesia-Estado, el plebiscito de 1957 significó el retorno a la confesionalidad del Estado, dado que este tuvo el carácter de reforma constitucional; así, el nombre de Dios volvió a encabezar la carta política y los

dos partidos reconocieron la religión católica como un elemento esencial del orden social (González, 1997).

A inicios de los años sesenta, esta situación, favorable para la Iglesia, se vio afectada por varios sucesos: el nacimiento de la guerrilla y los grupos de izquierda inspirados en la Revolución cubana; el auge de nuevos movimientos religiosos pentecostales; el Concilio Vaticano II (1962-1965) —que proclamó la necesidad de que la Iglesia se adaptara a los signos de los tiempos—; la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrada en Medellín, en 1968 —con un alto componente social y político—; la secularización acelerada de la sociedad —reflejada en una creciente urbanización a causa del desplazamiento masivo del campo a la ciudad—; la profesionalización de las clases medias; la enseñanza mixta en los centros educativos; la mayor participación de la mujer en los mundos laboral y universitario; los cambios en la concepción de la familia y del matrimonio; las políticas y prácticas de control natal; el aumento del número de divorcios y uniones libres; y el auge o contacto masivo con la producción intelectual en todas las corrientes ideológicas, en especial, en los campos de las ciencias sociales y económicas.

En el ámbito internacional, el Concilio Vaticano II marcó las relaciones entre la Iglesia y la sociedad colombiana. Este planteó un cambio en la concepción de la historia y de la propia Iglesia. Hizo un llamado a adaptarse a las nuevas realidades y a reconocer, entre otros, un mundo plural, la libertad religiosa, el ecumenismo y la promoción de los derechos humanos.

En el clero colombiano, el concilio generó una crisis que, en palabras de González (1997), se evidenció en la desigual asimilación e interpretación de los documentos del Concilio Vaticano II y de las Conferencias Episcopales Latinoamericanas de Medellín (1968) y Puebla (1979). La Iglesia colombiana debía afrontar los problemas del siglo XIX —diálogo con la modernidad— y los del XX, en el marco de un país subdesarrollado y dependiente. En el ámbito educativo, la década de los cincuenta había dejado varios problemas en el sistema; Rangel (2012) los recoge en estos términos:

la educación experimentó distintos problemas, los cuales fueron: (1) la escasa preparación académica y pedagógica de los maestros; (2) la inestabilidad en la dirección del Ministerio [de Educación Nacional] al igual que en sus políticas; (3) la poca inversión en los materiales de enseñanza, especialmente en la educación técnica, ligado al mal pago de los maestros; (4) el desconocimiento de las condiciones reales de la educación por parte de las élites a la hora de emprender ambiciosos proyectos que posteriormente no se cumplieron; (5) de lo anterior, se desprenden algunos problemas estructurales, es decir, la falta de sincronía entre la escuela primaria, el bachillerato y la universidad, en otras palabras, no hay un puente que dé continuidad al proceso educativo; (6) finalmente, la inspección de la educación carece del personal suficiente, por lo cual, este proceso no se lleva a cabo con gran frecuencia, tampoco llega a todos los planteles.

El Concilio Vaticano II condujo a la renovación, puesta al día o *aggiornamento* de la Iglesia y las congregaciones religiosas. Tal renovación originó varias apuestas para el Distrito Lasallista de Bogotá. Una de estas, la creación de un centro de estudios de educación superior, fue posible, según el Hermano Antonio Bedoya (Universidad de La Salle, 2014), por la confluencia de tres fuerzas: el empeño y trabajo de los Hermanos del Distrito Lasallista de Bogotá; la prudente guía de la Casa General de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en Roma; y los grupos de exalumnos lasallistas —presentes en diversos ámbitos del país—, la Corporación Científica y Cultural La Salle, y los padres de familia.

Ese centro de formación, llamado Instituto de Cultura Superior Universidad Social Católica, hoy Universidad de La Salle, se constituyó mediante un acta el 15 de noviembre de 1964, día en que se aprobaron los estatutos y se eligió rector al doctor Ignacio Ramírez Sánchez, quien nombró síndico al Hermano Berchmans Manuel y secretario general al Hermano Gonzalo Carlos. El Hermano Martín Carlos era el visitador provincial del Distrito Lasallista de Bogotá.

El 7 de marzo de 1965 se iniciaron las labores académicas de los primeros programas: Economía, Ingeniería Civil, Filosofía y Letras, y Ciencias de la Educación, con dos departamentos: Química y Biología, y Matemáticas y Física. Un año más tarde, comenzaron labores Optometría, Trabajo Social y Sociología;

en 1969, lo hicieron Lenguas Modernas y Ciencias Religiosas (Universidad de La Salle, 2014).

Testimonio del Hermano Hernando Giraldo Botero

Con ocasión de los cincuenta años del programa de Licenciatura en Educación Religiosa, nos dimos a la tarea de buscar un testigo de 1968 y 1969 para que compartiera su experiencia, dado que no queríamos usar fuentes secundarias.

En los documentos que reposan en el programa, en particular, en el último informe de autoevaluación con fines de renovación de la Acreditación de Alta Calidad (Universidad de La Salle, 2017)¹, se menciona como primer directivo a la doctora María Emilia Uribe, RSCJ (q. e. p. d.), decana en 1969, y como secretario académico, en el mismo año, al Hermano Hernando Giraldo Botero. El segundo director, de 1970 a 1978, fue el Hermano Otto Pántano Guevara (q. e. p. d.).



Figura 1. Hermano Hernando Giraldo Botero, FSC.

Fuente: Archivo Universidad de La Salle / Fotografía, José Javier Torres Ortega

1 Tras la visita de los pares académicos en febrero del 2018 y los trámites de rigor, se le dio la renovación de la Acreditación de Alta Calidad por seis años al programa de Licenciatura en Educación Religiosa de la Universidad de La Salle, mediante la Resolución N.º 17230 del 24 de octubre del 2018 del Ministerio de Educación Nacional.

El Hermano Hernando aceptó con entusiasmo conceder una entrevista sobre el contexto en que nació la Facultad de Pastoral Catequética de la Universidad de La Salle de Bogotá, D. C. Con frescura y claridad mental, llevando con respeto y orgullo su hábito religioso, adornado con un botón conmemorativo de los trescientos años de la pascua del fundador, nos recibió en la Casa Provincial del Distrito Lasallista de Bogotá. A los 83 años, hace parte de la comunidad de religiosos lasallistas que anima la Institución Educativa Nacional Dante Alighieri en San Vicente del Caguán, en el departamento de Caquetá.

Javier Polanía González (JPG): Hermano Hernando, hablemos de sus orígenes y sus primeros años en la vida religiosa.

Hermano Hernando Giraldo Botero (HHGB): nací en Bermeo, un pequeño pueblo del Tolima. Le doy gracias a Dios por haberme permitido ingresar, a los 13 años, en el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Como a san Pablo, “[...] mas yendo por el camino, aconteció que, al llegar cerca de Damasco, repentinamente, le rodeó un resplandor de luz del cielo” (Hechos 9, 3-4); le doy gracias a Dios porque, como él, yo tenía otros planes, pero sentí un llamado a ser Hermano de La Salle. Agradezco también estos setenta años de vida dedicados por completo a la educación, la formación y el acompañamiento, inspirado en el carisma de La Salle.

Mi formación inicial para la vida religiosa comenzó en 1950. Estuve en el aspirantado de la comunidad en el Instituto San Bernardo de Bogotá, D. C., y pasé a La Floresta en 1952, año en que se inauguró esa casa de formación. Hice el noviciado en 1955 y 1956. El escolasticado lo hice en la Academia San Benildo; allí me gradué como bachiller en 1958.

En 1960 inicié vida de comunidad y trabajé como profesor en San Benildo que, por ese entonces, era una escuela anexa al escolasticado. Ese mismo año me enviaron a Caquetá. Acompañé la formación de novicios menores hasta 1962 y compartí con los Hermanos Gonzalo

Achury, Arcadio Bolívar, Isidoro Cruz (q. e. p. d.), Manuel José Salgado, entre otros.

JPG: el 25 de enero de 1959, el papa Juan XXIII anunció y convocó a un concilio para reflexionar sobre los signos de los tiempos y poner al día a la Iglesia en un mundo moderno. Pocos años después, a usted lo enviaron a estudiar a Europa. ¿Cómo fue esa experiencia?

HHGB: fui de los primeros Hermanos colombianos que estudiaron fuera del país. La comunidad me envió a Europa y llegué a Roma el primero de octubre de 1962, diez días antes de iniciar el Concilio Vaticano II. Yo quería entrar a la inauguración y me dijeron que no podía, a menos que tuviera un carné de periodista. Entonces, le escribí a mi hermano en Colombia, le comenté el asunto y él logró un acuerdo con el periódico *El Siglo*, en la actualidad, *El Nuevo Siglo*. Se trataba de que yo pudiera enviarle información sobre lo que ocurriera durante el concilio al periodista Arturo Abella, director del diario. Y así fue: me enviaron un carné, pude ingresar a las sesiones y comisiones de ese magno evento y, a partir de lo que yo enviaba, hacían la redacción final y publicaban los textos dándome el crédito.

Estudí lo que proponía la comunidad: la Licenciatura en Ciencias Religiosas en la Universidad de Letrán. Allí me formé en pedagogía, teología, psicología, mariología e idiomas. Cuando terminé los estudios en Roma, me enviaron a realizar el Doctorado en Teología en el Instituto Católico de Lyon (Francia). Regresé a Colombia el primero de enero de 1968. Los tiempos de vacaciones los aproveché para estudiar idiomas; por ejemplo, aprendí la lengua inglesa en Cambridge.

JPG: ¿cómo estaban el Distrito Lasallista de Bogotá y la Universidad de La Salle a su regreso a Colombia?

HHGB: la Universidad llevaba cuatro años de labores; comenzó en la avenida Caracas con calle 36 y, en noviembre de 1967, se trasladó

a la calle 43 con carrera Octava. En un viaje a Europa, los Hermanos Antonio Bedoya y Manuel Rodríguez —cubano— me habían dicho que me preparara para crear, una vez regresara al país, algo novedoso en la naciente institución.

Cuando regresé a Bogotá, D. C., me nombraron profesor de la Universidad. A mediados de 1968 hubo una reunión de Superiores Mayores de Colombia —todos los visitadores provinciales de las comunidades religiosas del país—, quienes decidieron crear un centro de estudios religiosos en la Universidad Social Católica de La Salle. Hicieron la solicitud formal al entonces visitador, el Hermano Antonio Bedoya, indicando que dicho centro debería contar con todos los créditos académicos y autorizaciones de ley para su funcionamiento.

La tarea se les encomendó a dos personas: a la Hermana María Emilia Uribe, de la comunidad del Sagrado Corazón de Jesús, y a mí. Al poco tiempo, iniciamos el proceso de diseño del plan de estudios y la consecución de los primeros profesores y estudiantes. Para esto último, parte de nuestra labor consistió en visitar a los provinciales y preguntarles qué le ofrecerían al nuevo programa que ellos mismos habían autorizado.

Para mí, el valor de esa Facultad estaba, primero, en que naciera en el seno de una Universidad como una Facultad, no como un ente independiente —de hecho, algunos superiores nos ofrecían lotes y edificios para la obra, pero, al tener la Universidad, se trataba de darle un nacimiento formal en esta—y, segundo, en que tuviera el mejor profesorado y alumnado posible.

Le pedí al rector, el doctor Jorge Enrique Gutiérrez Anzola, que me permitiera hacer un sencillo ejercicio de logística en la reciente Universidad que, para ese entonces, contaba con varios programas y cerca de mil estudiantes. En efecto, demostré que, si se reorganizaban los salones, se podían establecer unos fijos y otros de reserva. Así, era posible adjudicarle a cada Facultad los suyos y tener otros para rotar. Con esto, se

le asignaron dos salones y una oficina a la Decanatura del proyecto que se gestaba.

JPG: ¿qué se quería lograr con la nueva Facultad?

HHGB: elaboramos el plan de estudios para los ocho semestres, con el apoyo del doctor Jaime González Santos. Buscábamos tener una Facultad de eminente nivel, de altísima calidad. Por esto, yo hablaba con miembros de comunidades religiosas que tenían la formación para este propósito y les preguntaba si estarían dispuestos a colaborar en el proyecto. Luego, hablaba con sus superiores y les indicaba su interés. Les recordaba que la iniciativa era de la Iglesia y requería la colaboración de quienes habían apoyado la creación del centro de estudios catequéticos. Los superiores daban la autorización, previo acuerdo con los profesores.

Se optó por el nombre de Pastoral Catequética y no por teología, porque se quería que los laicos, nuevos protagonistas de la Iglesia, de acuerdo con los lineamientos del concilio, fueran excelentes catequistas; además, la catequética era lo que se estilaba en el momento.

En aquel entonces, solo había cursos certificados de catequesis en Medellín y Manizales, sin el respaldo universitario. Lo que se quería con esta Facultad era construir un centro de pensamiento, acorde con los planteamientos de grandes catequistas, como Joseph-André Jungmann.

Recuerdo, por su valor providencial e histórico, que el primero en matricularse en el programa de Ciencias Religiosas fue Óscar Urbina, hoy obispo de Villavicencio y presidente de la Conferencia Episcopal de Colombia. También estudiaron sacerdotes y bachilleres de diferentes congregaciones laicales, como los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Le doy gracias a Dios por haberme puesto esos dos años en la Universidad. Creo que sembramos la primera semilla y dimos un pequeño impulso a la creación de la Facultad, que continuó en 1970, con la

dirección del Hermano Otto Pántano Guevara. Otros han continuado en esta magnífica obra.

Ese fue mi paso por la Universidad y lo que, con la ayuda de Dios y de los directivos del momento, hicimos en 1968 y 1969. Desde 1970 estuve en las obras lasallistas de los departamentos de Santander y Norte de Santander, y en las Casas de Formación (años ochenta). Fui jefe de talleres en el Instituto Técnico Central de Bogotá y estuve en el Colegio Nacional Juan Bautista de La Salle en Zipaquirá y la Academia La Salle en Bogotá, D. C.

JPG: por último, Hermano, ¿qué espera del programa, que hoy es una Licenciatura en Educación Religiosa con Acreditación de Alta Calidad?

HHGB: como dije, solo estuve en la preparación de su nacimiento y en el primer año de funcionamiento. Estos cincuenta años son un motivo para considerar algunos elementos. Yo volvería a los sueños de cuando inició: que sea un referente para la sociedad de lo que deben ser la pastoral, la formación religiosa y la catequesis; un centro de pensamiento de alta calidad, ¿por qué no un instituto?; y un modelo por la calidad de sus profesores y estudiantes.

Referencias

- Arias, R. (2011). *Historia de Colombia contemporánea (1920-2010)*. Bogotá, D. C.: Universidad de los Andes.
- González, F. (1997). *Poderes enfrentados: Iglesia y Estado en Colombia*. Bogotá, D. C.: CINEP.
- Guzmán, G., Fals Borda, O. y Umaña, E. (2005). *La Violencia en Colombia: estudio de un proceso social*. Bogotá, D. C.: Taurus.
- Rangel, L. P. (2012). Los Hermanos de las Escuelas Cristianas y el proyecto político conservador 1948-1958. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 17 (1), 193-215.

Universidad de La Salle. (2014). *Cincuenta años para pensar, decidir y servir: la apuesta social y académica de la Universidad de La Salle 1964-2014*. Bogotá, D. C.: Autor.

Universidad de La Salle. (2017). *Informe de autoevaluación institucional con fines de renovación de la Acreditación de Alta Calidad*. Bogotá, D. C.: Autor.

Valencia, A. (2012). La Violencia en Colombia de G. Guzmán, O. Fals y E. Umaña y las trasgresiones al Frente Nacional. *Revista Colombiana de Sociología*, 35 (2), 15-33.

